

© Katia García Gómez 2009

McGill University

Del Barroco al Neobarroco: barroquismos y barroqueces en el mundo hispano-transatlántico

El peregrino nostálgico en las Soledades de Góngora

La primera vez que leí las Soledades (1612-1613) de Luis de Góngora y Argote (1561-1627) no me llamó mucho la atención –y debo ser sincera– ni la controversial forma poética ni el oscuro y enigmático contenido de sus versos. Sin embargo, lo que me cautivó y en cierto modo hipnotizó fue la profunda y dolorosa sensación de vacío y desesperanza que irradiaban sus versos. Vacío por lo que una vez se tuvo, por lo que se perdió, por lo que se tuvo y se perdió, por lo que se desea y no se tiene... por lo que nunca se tendrá. Con las Soledades, Góngora hace eco de un sentimiento de desengaño agudo y de una añoranza de tiempos mejores en una España Imperial en apogeo. Es por eso que la segunda vez que leí las Soledades, empecé a prestar mayor atención a estas manifestaciones de nostalgia en la obra.

En las Soledades, Góngora utiliza la imagen del peregrino para hacer patente el vacío y el desengaño. Este peregrino emprende un viaje en busca del olvido, pero en este viaje no hace más que demostrar una profunda nostalgia en relación a la vida de la corte y al pasado glorioso de España. Según Philip Edwards, el concepto tradicional de peregrinaje es el largo viaje que se lleva a cabo hacia un destino específico para alcanzar un determinado objetivo, el cual se tiene fe de conseguir (5). En las Soledades, el peregrino sale de la corte hacia un destino que nosotros desconocemos. Sólo sabemos que se va para olvidar una pena de amor y que es víctima de un brusco naufragio. Por lo tanto, el naufragio transforma el peregrinaje en un viaje que no llega a su destino esperado. Es un viaje, como dice Góngora, en donde el peregrino es primero “sorbido” y luego “vomitado” por el mar hacia lo inesperado y lo no planificado. De ese modo, el

peregrinaje pierde su objetivo intencional de redención para transformarse en un viaje a la deriva y a la frustración (un peregrinaje fallido). Este detalle nos invita a interpretar estos versos –desde todos los ángulos– como una poesía del fracaso, ya que no se logra olvidar el desengaño, ni la corte, ni a la amada, y hasta la misma obra queda incompleta.

El enigmático paisaje de las Soledades se presenta como un escenario idílico digno de admiración que va a lograr llamar la atención e interés del peregrino, pero –curiosamente– en lugar de hacerlo olvidar su pasado y sus penas, todo se presta a que el peregrino tenga siempre presente los motivos de su desilusión y el estilo de vida que llevaba en la corte. Serán justamente los contrastes entre los dualismos ciudad-campo, urbano-rural, refinado-rústico los que conmuevan al peregrino a añorar una comunidad idealizada, en la cual se funden los elementos más llamativos –según el punto de vista del cortesano– de cada mundo. Así, por ejemplo, en este lugar campestre se acentuarán la paz, la sencillez, la solidaridad, el amor y la tranquilidad en contraste con la guerra, la ostentación, el odio, la envidia, la codicia y el caos que imperan en la corte. El peregrino de Góngora va errante por estas tierras desconocidas maravillándose de sus atributos y tratando de olvidar el espacio caótico del cual se alejó, pero un sentimiento de añoranza no hace más que traer a la memoria recuerdos cortesanos que se van fusionando con el paisaje natural. Robertson-Justiniano dice a este respecto, que si bien el peregrino se exilia de la corte en un intento de perderse en el mundo pastoril de los cabreros y en el mundo piscatorio de los pescadores para poder olvidar, éste no lo consigue, ya que todo le hace recordar el mundo que dejó atrás (253).

En las Soledades se observa que existe una constante reminiscencia de la vida cortesana y, por eso, a pesar de que el peregrino critique los defectos de la corte o de que alabe –por contraste– el paisaje natural, se siente tangible una admiración por las luces, el refinamiento, la

exquisitez y la urbanidad de la vida de la corte a través del panorama bucólico. Así, dice Góngora que cuando el peregrino entra en la aldea de los serranos empieza a admirar los detalles de este lugar con una mirada de cortesano, ya que las construcciones aldeanas son descritas de tal manera que nos invitan a observarlas como si se trataran de una arquitectura citadina:

Del carro pues Febeo / el luminoso tiro, / mordiendo oro, el eclíptico zafiro / pisar
quería, cuando el populoso / lugarillo el serrano / con su huésped, que admira
cortesano, / a pesar del estambre y de la seda, / el que tapiz frondoso / tejió de
verdes hojas la arboleda, / y los que por las calles espaciosas / fabrican arcos,
rosas, / oblicuos nuevos, pénsiles jardines, / de tantos como víolas jazmines. (105)

Se advierte en estos versos que el poeta se sirve del tema del *beatus ille* y lo transgrede. De ese modo, en lugar de menospreciar la corte, Góngora añora sus rasgos más llamativos, impactantes y virtuosos mientras va exaltando la aldea. Así, no solamente se alaba la aldea sino que esta alabanza va proyectada a hacer una evocación idílica de la corte: “el *beatus ille*,” de acuerdo a Agrait, “no puede considerarse como un tema puro o simple; es, más bien, un conglomerado de diversos asuntos que cada autor y cada época mezcla en distintas formas obedeciendo a mandatos históricos o personales” (8).

También, por ejemplo, en la Soledad primera se puede observar cómo el ambiente cortesano puede ser rememorado y añorado a través del panorama aldeano cuando la aldea de serranos festeja con fuegos artificiales la víspera de una boda:

al pueblo llegan con la luz que el día / cedió al sacro Volcán de errante fuego, / a
la torre de luces coronada / que el templo ilustra, y a los aires vanos /
artificiosamente da exhalada / luminosas de pólvora saetas, / purpúreos no
cometas. / Los fuegos pues el joven solemniza, / mientras el viejo tanta acusa Tea

/ al de las bodas Dios, no alguna sea / de nocturno Faetón carroza ardiente, / y
miserablemente / campo amanezca estéril de ceniza / la que anocheció aldea.

(Góngora 102)

Esta representación festiva de la aldea presenta varios detalles muy interesantes. El primero es justamente cómo la aldea, al utilizar los fuegos artificiales, esas “luminosas de pólvora saetas,” nos hace pensar en la corte y los mecanismos que se empleaban como diversión y espectáculo públicos. Como dice Maravall: “la Corte de España era muy dada a estos fuegos de artificio, cuyo arte, asombroso en la época por su complicación técnica y no menos en la costosísima transitoriedad de su ejecución, admiró en su día al duque de Saint Simon” (496-497). El peregrino, al observar los fuegos de artificio, rememora los placeres de la corte y solemniza el acto como muestra de admiración y agrado, mientras que el anciano político, por su experiencia de la vida, se muestra desconfiado porque sabe que lo ostentoso puede ser peligroso y engañoso. En este momento de las Soledades, el peregrino se encuentra muy a gusto porque los fuegos artificiales han transformado el entorno campestre en un entorno cortesano festivo.

Entonces, el aludido menosprecio de corte y alabanza de aldea no es más que un medio discursivo para fundir lo espectacular de la corte en la sencillez de la aldea. De esa forma, el peregrino encuentra una manera de evocar constantemente su pasado con el presente. Así, las descripciones que el poeta utiliza para representar la vida campestre se van confundiendo con rasgos que muy bien nos recuerdan un paisaje de ciudad: “¡Ô bienaventurado / albergue a cualquier hora, / templo de Pales, alquería de Flora! /,” exclama Góngora:

No moderno artificio / borró designios, bosquejó modelos, / al cóncavo ajustando
de los cielos / el sublime edificio; / retamas sobre robre / tu fábrica son pobre, / do

guarda, en vez de acero, / la inocencia al cabrero / más que el silbo al ganado. / ¡Ô
bienaventurado / albergue a cualquier hora! (79-80)

Algo parecido a lo que narran estos versos sucede con la descripción del festín de bodas de los serranos. Y Góngora continúa: “Manjares que el veneno / y el apetito ignoran igualmente / les sirvieron, y en oro no luciente, / confuso Baco, ni en bruñida plata / su néctar les desata, / sino en vidrio, topacios carmesíes / y pálidos rubíes” (112). Como vemos, para evocar la sencillez del banquete aldeano se recurre a palabras que por contraste evocan la pomposidad de los banquetes cortesanos. Es por esto que nos vamos dando cuenta de que esta sublimación o idealización campestre en contraste con la ciudad no es nada más que una mirada retrospectiva y melancólica de una corte inmensamente admirada y añorada. De igual manera, se puede notar detalles que nos confirman cómo el peregrino de Góngora, a pesar de alabar la aldea, no deja de mostrar una gran admiración y respeto hacia el estatus social, la riqueza, la gloria y el poder de la vida cortesana. Por ejemplo, siendo las Soledades, aparentemente, una obra para enaltecer la aldea, resulta un poco insólito que tanto el principio como el final del poema son dedicados de manera abierta a exaltar la corte. Así, Góngora empieza su poema con una dedicatoria al Duque de Béjar, en la cual le pide dulce y sumisamente que lo honre prestando atención a sus versos:

¡Ô Duque esclarecido! / templa en sus ondas tu fatiga ardiente, / y entregados tus miembros al reposo / sobre el de grama césped no desnudo, / déjate un rato hallar del pie acertado / que sus errantes pasos ha votado / a la Rëal cadena de tu escudo.
/ Honre süave, generoso nudo, / Libertad de Fortuna perseguida; / que a tu piedad Euterpe agradecida, / su canoro dará dulce instrumento, / cuando la Fama no su trompa al viento. (Góngora 72-73)

Asimismo, se observa algo parecido en la escena final de cetrería, en donde el peregrino se queda absorto ante la presencia imponente de la aristocracia cortesana. En esta escena se va describiendo cómo un joven noble y su equipo de caza van interactuando con los animales y la naturaleza, representándose así una visión fantástica de la cual el peregrino es un testigo atónito: “En sangre claro y en persona Augusto, / si en miembros no robusto, / Príncipe les sucede, abreviada / en modestia civil Rēal grandeza [...] No sólo, no, del pájaro pendiente / las caladas registra el peregrino, / mas del terreno cuenta cristalino / los juncos más pequeños” (Góngora 158-161).

Al final se puede notar que al manipularse el sentido original del *beatus ille* se obtiene una simbiosis del campo y la corte para evocar una sociedad ideal y poética. Entonces, el equilibrio como filosofía de perfección se ve delineado en los versos de Góngora en una especie de visión onírica. Esta idea de armonía que se propone como solución al dilema entre el campo y la ciudad lo encontramos en el discurso de los serranos como filosofía de vida. Así, Góngora señala al respecto: “Próspera al fin, mas no espumosa tanto / vuestra fortuna sea, / que alimenten la invidia en nuestra aldea / áspides más que en la región del llanto. / Entre opulencias y necesidades / medianías vinculen competentes / a vuestros descendientes, / previniendo ambos daños las edades” (114). Este sentido de equilibrio del que se habla puede ser relacionado entre el ambiente campestre donde se encuentra el peregrino náufrago y la vida cortesana de la cual se alejó, ya que los pasos perdidos del peregrino van sugiriendo una simbiosis naturaleza-artificio / campo-ciudad que se manifiestan como idílicas y por lo tanto ideales. Para el peregrino, la corte funciona como un objeto de deseo que por sus imperfecciones es imposible lograr un entendimiento o convivencia armónica. Por lo tanto, el peregrino trata de encontrar un justo

medio entre el mal y lo urbano (la corte) y el bien y la naturaleza (la aldea) para así encontrar el equilibrio y de esa manera recuperar el recuerdo de un pasado próspero y de esplendor.

En las Soledades, el lector se da cuenta de que este equilibrio no es nada más que un ideal poético, ya que en toda la obra se observa que los sentimientos de codicia, violencia y poder, propios de la vida cortesana, se imponen de manera irremediable. De ese modo, se percibe cómo el paisaje bucólico se mezcla con escenas de violencia y con espectáculos lamentables que sólo hacen traer a la memoria el recuerdo de un pasado luminoso que ya no existe y que en su lugar sólo quedan despojos en ruinas, como relata el cabrero al peregrino:

Aquéllas que los árboles apenas / dejan ser torres hoy, dijo el cabrero / con
muestras de dolor extraordinarias, / las estrellas nocturnas luminarias / eran de sus
almenas, / cuando el que ves sayal fué limpio acero. / Yacen ahora, y sus
desnudas piedras / visten piadosas yedras; / que a rüinas y a estragos, / sabe el
tiempo hacer verdes halagos. (Góngora 85)

Por otro lado, las personas que llegan a sostener un tipo de comunicación con el peregrino manifiestan cierta conexión con el pasado esplendoroso de España. Estas personas no sólo dan cuenta de un pasado de apogeo sino también de un presente en decadencia. Tanto el cabrero, como el anciano serrano y el anciano pescador expresan una gran desilusión por ese presente ruinoso y cómo ellos –ya sea como soldados o participando en las grandes expediciones navales de conquista– fueron testigos de cómo la codicia, la ambición y la violencia contribuyeron en gran parte al eclipse del imperio:

Piloto hoy la Codicia, no de errantes / árboles, mas de selvas inconstantes, / al
padre de las aguas Oceano, / de cuya monarquía / el Sol, que cada día / nace en
sus ondas y en sus ondas muere [...] Segundos leños dió a segundo Polo / en

nuevo mar, que le rindió no sólo / las blancas hijas de sus conchas bellas, / mas los que lograr bien no supo Midas / metales homicidas. [...] Tú Codicia, tú pues de las profundas / estigias aguas torpe marinero, / cuantos abre sepulcros el mar fiero / a tus huesos desdeñas. (Góngora 92-94)

El peregrino de Góngora emprende un viaje en busca del olvido, pero esta búsqueda fracasa porque es imposible olvidar cuando no se puede dejar de añorar. La corte y el pasado glorioso de España son dos obsesiones que se van arrastrando con los pasos errantes de este peregrino. En este estado de desencanto del autor, la inspiración poética se sirve de motivos bucólicos, pastoriles y del *locus amoenus* para transmitir una idea imaginaria de la sociedad ideal, la cual siempre está conectada con una vida cortesana idealizada. De la misma manera, el tema del *beatus ille* es un instrumento poético, no para menospreciar la corte sino para añorarla e imaginarla en un estado utópico de perfección. En las Soledades, se transmite una filosofía, la cual manifiesta que la perfección y el apogeo de una sociedad se sostienen en una especie de ley de equilibrio. Así, una ciudad próspera y sana es aquella que mantiene un equilibrio con la naturaleza. Ciudad y campo van a ir de la mano, la primera para civilizar y el segundo para purificar, ya que ambos se nos muestran como dos paisajes estéticos dignos de igual admiración. Sin embargo, de principio a fin, se transmite un sentimiento de negatividad en donde el tan ansiado equilibrio se quiebra por fuerzas destructivas que son más poderosas que el idealismo. El peregrino, en su viaje utópico, nos demuestra que los sentimientos de codicia y violencia –por ser sentimientos inherentes al hombre- van a ser los factores que determinen la esterilidad de su peregrinaje. Así, las Soledades se cierra con un panorama sangriento de cetrería en donde el centro de atención es un noble cortesano. El peregrino en lugar de sumergirse en su idílico y equilibrado panorama híbrido ciudad-campo, se olvida de éste para quedarse absorto en la

contemplación del castillo y del joven cortesano, o como dice Góngora: “¡Oh excelso muro!, ¡oh torres coronadas / de honor, de majestad, de gallardía!” (Orozco 216).

Bibliografía citada

- Agrait, Gustavo. El *beatus ille* en la poesía lírica del siglo de oro. Río Piedras: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1971.
- Edwards, Philip. Pilgrimage and Literary Tradition. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- Góngora, Luis de. Soledades. Ed. John Beverley. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., 1991.
- Maravall, José Antonio. La cultura del barroco. Análisis de una estructura histórica. Barcelona: Editorial Ariel, S.A., 1981.
- Orozco Díaz, Emilio. Góngora. Barcelona: Editorial Labor, S.A., 1953.
- Robertson-Justiniano, María. “Reading from the Margins in Góngora’s *Soledades*.” MLN 119.2 (2004): 252-269.